

—¿Cuál república sudamericana—le inquiri— cree usted, maestro, que marcha á la cabeza del nuevo continente?

—No hay duda que es la República Argentina. Considerando los resultados obtenidos por el esfuerzo nacional en un solo siglo, es indudable que aquel país está llamado á muy bellos destinos. La población de la América del Sur, en conjunto, es mucho más refinada intelectualmente que la América del Norte. De ahí la superioridad de aquella sobre ésta. Buenos Aires anublará á París, porque todo lo bueno de las civilizaciones europeas va hacia allá. Con lo más excelente que tienen ustedes en el fondo de la raza primitiva se formará el hombre del porvenir... Aquí en Europa, á pesar del progreso, se lucha con la impasibilidad de las tradiciones, de las costumbres, de las cosas antiguas... Y en América esos obstáculos no existen...

—Viendo que es usted un admirador de la América, no será difícil que le veamos por allá...

—¡Oh! No... Yo ya soy muy viejo.

—Sin embargo, Anatole France...

—Sí; pero yo no. Además á los novelistas conviene no verlos de muy cerca. (Subrayad la frase con una risa triste.)

—En América sus libros, maestro, alcanzan una circulación enorme.

—Es verdad. Debe ser aquella una tierra muy rica. Y muy estudiosa. Gasta mucho dinero en libros. Desde el punto de vista financiero y económico, el porvenir de América ha de ser inmenso. La cultura, fundada sobre la riqueza del suelo irá sin cesar engrandeciéndola. Y su gusto por las letras y por las artes la colocará á la cabeza del movimiento intelectual del mundo...

—¿Y cree usted, maestro, que aquí en Francia,

se aprecian en algo los progresos intelectuales de *la-bas?*...

—Desgraciadamente, no. Aquí ningún francés le hablará á usted en español. Y no porque le desagrade el castellano. ¡No!... Tampoco le hablará en italiano. Y mucho menos en inglés ó en alemán. Un francés cree cumplir una misión patriótica y nacionalista cuando no habla y no lee nada más que en francés. He notado que en otros países la gente se enorgullece de saber hablar cuatro ó cinco lenguas. Aquí es todo lo contrario. Envejecemos sin cambiar de abecedario... Todos los sudamericanos que yo he conocido sabían el francés como franceses.

—Y de la novela contemporánea de Francia, naturalmente, ¿qué podría decirme, maestro?

—Que hay exceso de literatura, como diría mi barón de Duburle. Exceso de escritores. Exceso de libros. Exceso de periódicos. Francia se encuentra atacada de una histeria literaria que la lleva derecho á la locura. El primer imbécil que acaba de nacer, quiere hoy tener ideas y expresarlas. De cada dos franceses hay uno que escribe...

—...Y otro que no lee.

—Afortunadamente.

*
**

—Yo escribo ya muy poco—continúa diciéndome Gorge Ohnet—. El ideal para el novelista consiste en escribir cuatro meses al año. El tiempo restante hay que invertirlo en pasear, observar, divertirse y disfrutar de la existencia. Un escritor, inclinado constantemente sobre las cuartillas y pensando sólo en llenar de tinta negra el papel blanco se transforma en una simple máquina de

escribir... Balzac nos ha condenado á trabajos forzados con los sesenta volúmenes de su *Comedia humana*. Es una deliciosa sensación la de sentirse en contacto con las grandes masas del público. Pero para eso es necesario escribir mucho, mucho, mucho... Cuando un artista pasa entre la multitud por la calle y ve que las gentes vuelven la cabeza y oye que pronuncian su nombre á media voz, experimenta la verdadera sensación de la gloria. Los que alardean de despreciar la popularidad nunca han podido alcanzarla. Hay una fábula de La Fontaine que lo prueba mejor...

* *

¿No veis en estas palabras el grito de una pena? En el fondo de su filosofía, Ohnet solloza. El dolor de las injurias que ha recibido en el camino de la celebridad, se esparce en sus libros con tristeza. Y aunque sus ojos tengan en lo épico de la mirada un resplandor vengativo, yo creo que Ohnet perdona á sus colegas. Sí. Los perdona.

* *

Pero es preciso también un poco de equidad. No todas las críticas de las obras de Ohnet responden al odio ó á la envidia. Habrá sido injusto Lemaitre, ¿pero dejó por eso de ser juez verdadero? Se culpa á Ohnet de vulgaridad. Sus tipos son superficiales. Algo incoloros... Daudet, France, Gautier y Lorrain, para pintar un alma cualquiera buscaban el adjetivo más propio, más justo, más pictórico... Ohnet, por instinto, se complace en buscar el más vago, el más impreciso, el más descolorido... Lo que no puede negarse á Ohnet es una

admirable condición de narrador. Eslabona los hechos y ata las consecuencias con una habilidad maravillosa. Pero, como digo, lo hace friamente. Describiendo, triunfa. Cuando profundiza resulta un psicólogo de crónica social. Antes de visitarle lei varias de sus novelas. Deseaba conocer al autor antes de verle. Y encontré á menudo pensamientos como el que pone en boca de Bouloumier en *La décima musa*:

«Yo principié á creer que la bondad es un daño y que la delicadeza es una estupidez.»

Tampoco el ingenio fraseológico es muy fecundo en la tipografía de Ohnet. Al final de una sesión barata de filosofía siempre dice: «Al llegar á este punto de sus meditaciones...», etc. Leyendo sus obras en francés se nota la aspereza del lenguaje. Los traductores españoles, entre los cuales está Blanco Belmonte, hacen prodigios de inteligencia para limar en español las frases traducidas. Y lo hacen con provecho para el novelista. Así tal vez se explique que Ohnet guste más en América y España que en su propio país. Otros ejemplos:

«La marquesa se horrorizó pensando que el *zopenco* de su marido...», etc.

«Eres hermoso como un caballo joven—murmuró la condesita», etc., etc.

Cuando tiene que describir un banquete de esos que á menudo ocurren en sus novelas, siempre comienza así:

«*La fête du comte Worezeff avait tenu ses promesses. Dans le hall de l'hôtel des Champs-Élysées féeriquement éclairé, une foule animée et joyeuse circulait dans une atmosphère enivrante, faite du parfum des fleurs et de la capiteuse odeur des femmes... Des couples dansaient au son d'une musique entraînante, qu'un orchestre laissait tomber en on-*

des sonores... *Des éclates de rire perlés résonnaient, fanfare joyeuse de cette nuit de plaisir... Tout était ouvert dans l'hôtel, merveille d'installation artistique...*, etc.

*
* *

Sin embargo es preferible Ohnet con todos sus defectos que Barrés con todas sus virtudes. Cada cual camina como puede.

París, Enero de 1910.

Un niño de París

Los juguetes

—Erase que era...

Yo conozco al Diablo. Cultivo con él una vieja amistad. Y si queréis creer lo que os dice esta boca sin dientes, escuchadme: El Diablo no es rojo, ni tiene cuernos, ni arrastra cola, ni vomita fuego... El Diablo, hermanos míos, es un precioso chico de diez años. Su edad no avanza nunca. Aunque los siglos pasen y aunque el reloj se hastie de moler sus horas, el Diablo se conserva siempre joven... Las religiones han personificado eternamente el símbolo diabólico en un hombre temible. Un hombre que aparece con un trueno y que desaparece en una llama... Mentira, hermanos míos. Os lo digo yo, que he visto al Diablo. Yo, que á menudo le veo... Casi todas las noches, al cerrar los ojos, el Diablo baja de su nube para visitarme... Es un niño celeste que posee la ciencia de los vegetales, el heroísmo de las piedras y la filosofía de los hombres muertos... Como mira las cosas desde arriba, las ve de otra manera que nosotros. Juzga como pudiera juzgar un aeronauta. Aquello que para un ser que pisa tierra firme es una torre enorme, re-

sulta muy pequeño para quien lo mira desde un globo... Por eso se observa en las obras de Dios una inversión de lógicas. Igual que con Dios y con el Diablo, ocurre con el artista. Viajando por las alturas se adquiere un nuevo equilibrio que modifica todas las ideas...

*
* *

Sin duda fué por esto por lo que anoche el Diablo tuvo para mí frases extrañas. Al principio no las comprendí. Pero poco después la verdad salió de ellas... Me habló de bombas, dinamitas y balas. Entonces yo, aterrizado de alegría, le interrogué dos veces:

—¿Cómo?... ¿Sois anarquista? ¿Es posible que un niño de diez años pueda ser anarquista?...

El Diablo sonrió. Cuando el Diablo sonríe mostrando la blancura de sus dientes—dientes todavía frescos por la leche materna—, diríase que en el cielo acaba de inventarse una estrella...

—Yo no conozco—replicóme el niño encantador—el mérito que dais á las palabras. Ignoro el valor de los vocabularios. Desconozco el matiz de las frases...

—Pero el anarquismo...

—¿Anarquismo?... No sé lo que significa esa reunión de letras. ¿Tiene acaso algún valor esa palabra que ni siquiera se pronuncia con igual sonido en todos los idiomas?... ¡Oh! Extraviada opinión se forma el mundo de la ciencia del Diablo. Se supone que yo, Señor de los Infiernos, Cráter del Globo, Corazón femenino, Dios de Cuatro Elementos, denigro mi prosapia sembrando entre los hombres la maldad... Es un error. No lo creáis. Mi vida, llena de fuego, pero del fuego santo de las

flores y de las luchas, se ha inmortalizado en esta juventud infantil que refresca mi piel, que da luz á mis ojos y que alumbrá de inocencia mis frases. Yo arrojo sobre el mundo todo lo más bello que nace en la campiña de mi castidad... Los hombres que están esperando de las nubes el maná que prometió la Biblia, recogen, con amor y hambre, lo que yo les arrojé... ¿Se dividen, bien ó mal mis dones de alegría, de placer, de ingenuidad, de amor, de uva, de locura y de fuego?... Yo creo que no. En la tierra se interpretan al revés mis ideas. Se me ve desde abajo. Como no me conocen, me adulteran. Me falsifican. Soy un niño inocente que hago mal sin querer, y me simbolizan en un feroz carbonero que viviera entre llamas. Llevo en la frente la virginidad y me suponen chivo... Duermo en la cuna de la primavera con el perfume del amor, de las ninfas, y me sueñan hundido en calderas de penas y de vicio, con olor de azufre y olores de alquitrán... Por eso no es extraño que los hombres modifiquen hasta su propia dicha. Muchos de los placeres que yo tiro á los hombres, se transforman por su gusto en suplicios... El fuego del amor que yo les mando en ráfagas de viento, lo cambian ellos en rencores de fuego... Si dais á los perros hambrientos una hermosa gallina, convertirán la carne blanca y jugosa del ave en un incoestible manojito de piltrafas. Así yo les doy á los hombres estrellas y ellos las dividen en pedazos para hacer adoquines... ¡Adoquines! No me maravilla, pues, que hayan transformado ó extraído esa palabra—¡anarquismo!—de algún hermoso ideal de mi jardín diabólico... Fácil será averiguarlo si tenéis algún interés en saberlo.

—¡Oh, sí!

—Bien. Id á orillas del Sena. Buscad al primer

muchacho de mis años que encontréis con los ojos perdidos en la inmensidad. Si tiene los botines rotos, llámale. Es él. Decidle que os cuente su vida terrena. En la tierra, los niños son los únicos seres que dicen la verdad, porque aun no saben lo que dicen. También los viejos suelen decir verdades, porque ya no recuerdan lo que vieron, ni lo que sufrieron, ni lo que gozaron.

Verdaderamente, el Diablo es un personaje muy vivaz y gracioso. Yo nunca he querido burlarme de él. En todas las aventuras de mi vida periodística, lo he tenido á mi lado. Siempre me ha protegido. Por eso anoche no pude ni reírme cuando descendiendo hasta mis párpados me indicó la conveniencia de hacer una visita á un niño vagabundo... El respeto que tengo por el Diablo se parece mucho al miedo. Accedí á la invitación. Busqué al niño. Lo encontré. Y me narró su vida... No sé si será interesante repetirla. Además, no sé si será conveniente divulgarla. ¿Por qué? Natural: como es una existencia tan parecida á la de muchos niños viejos que andan por ahí, serán muchos los hombres que se darán por aludidos... Hermanos míos: ¿quién de vosotros no guarda en su corazón el deseo de jugar con un lejano caballito de palo? Pero escuchad la historia del pobre muchachito, pues yo no tengo ganas de ponerme á llorar...

* * *

—Mi vida, señor—comenzó el chico mirando hacia lo lejos—, nada tiene de extraña. Se parece á la vida de los gatos que viven olvidados en las azoteas. ¿Ha visto usted cómo arden los ojos de los gatos? Parece que en el fondo reflejan la imagen de un sol verde... Pues yo, como esos gatos, no

tuve nunca madre. Tampoco tuve padre. Nací de una equivocación, pues cuando empecé á razonar, me sentí desorientado como si yo fuera un cálculo mal hecho perdido en el cerebro de algún químico. Sin embargo, fui feliz. En un asilo de beneficencia me criaron junto á otros chiquilines como yo. A la misma hora nos daban de comer. Para todos, la comida era igual, tanto en calidad como en proporción. Las madres postizas que nos cuidaban, tenían para nosotros la misma suma de desatenciones y pellizcos. Nos vestían con trajes del mismo color y de igual corte... Nos bañaban con otros chicos desconocidos, á idénticas horas y con iguales groserías... En fin, todos los que vivían conmigo gozaban de la misma existencia que yo. No habiendo desigualdad, había dicha. Encontrábamos tanto placer en llorar como en reír. Además, en aquellos tiempos yo era feliz. Ignoraba que en el mundo existían los juguetes. Ignoraba que existiera la envidia...

—La envidia, sí, comprendo... Pero los juguetes, ¿tienen algo que ver con la desdicha?

—La felicidad ó la desdicha de un hombre depende de los juguetes que haya tenido en su niñez. Mejor dicho: el porvenir de los hombres nace ó se hace ó se deshace en las jugueterías... Oiga usted: cierta mujer me sacó del asilo. Y una chiquilina del barrio donde yo habitaba obsequióme con un caballito de madera. Aun lo recuerdo. Fué en el día de los Reyes Magos. Desde entonces comencé á tener ideas filosóficas acerca de los hombres y de los caballos... Yo estaba contento con mi juguete. La cabeza crinada del pequeño animal flota aún en mis sueños. ¡Oh mi caballo! Cierro los ojos y lo veo... Pero no lo veo pequeñito. ¡Ah, no! Lo veo grande. Enorme. Soberbio. Formidable. Sin lími-

tes. Del tamaño de Dios... Es un caballo de leyenda... ¿Dónde estará mi caballito de palo? Si me dieran todo el oro del mundo, lo aceptaría para buscar mi caballito...

—¿Y cómo lo perdió?

—No lo perdí. Un día en que los cajones del pan se encontraron en mi casa vacíos; uno de esos días de hambre en que los ojos sueñan con bifés y con platos de sopa, juntamos en un pañuelo todos los cachivaches y los llevamos á vender. Entre los cachivaches iba mi caballito. Me acuerdo todavía de la despedida. Lo besé en la frente como se besa á un hijo ó como se besa á un muerto que se va al cementerio. Sus lindos ojitos de vidrio tuvieron un reflejo de adiós. Le faltaba la cola. Yo se la había arrancado en un instante de placer. ¡Pobre! ¡Qué dolor habrá sentido! Pero él era tan bueno, que ni siquiera corcobeó... ¡Ah, ese caballito de palo me ha dejado en la frente una arruga de soledad y en el alma una ingenua filosofía de payaso!... Cuando me quedé sin caballito, comencé á envidiar los juguetes de los demás. ¡Qué solo me quedé! Hundía la cabeza en la almohada y lloraba y lloraba y lloraba... Después, me dormía. Y el sueño recompensaba mis angustias. Soñaba que hacía un viaje. ¿Adónde? Trepado en los palos de un buque, como un pájaro iba hacia horizontes invisibles. El buque, por fin, llegaba á una región muy verde. Era el país de los caballos. Yo desembarcaba y todos los caballos más distinguidos de la ciudad salían á recibirme. Muchos ostentaban sus frenos y monturas como los hombres lucen en la tierra sus medallas, sus cicatrices, sus condecoraciones. Traían con ellos bandas de música, fuegos artificiales, tambores y palos de escoba... En medio de toda esa ilustre caballada surgía, en su

trono, el rey... Al principio me asusté. Pero después vi que el rey no tenía cola... «¡Oh, bravo, bravo!», exclamé yo al comprender que el rey del país de los caballos era mi caballito de madera...

—¿Y al despertar?

—Al despertar y ver que mi caballo se había ido muy lejos, no sentí nunca deseos de llorar. Pero en cambio cazaba moscas. Les arrancaba las alitas con odio. En seguida les quitaba la cabeza y las ponía entre los pliegues de un papel. Reventaba las cabecitas y aparecían hermosos y raros dibujos de sangre tan roja, que parecía caliente. Era un consuelo... Frente al conventillo en donde yo habitaba vivían cuatro nenes muy ricos. Al llegar el primer día del año la madre les compró muchos juguetes. Tenían un ferrocarril que andaba solo. Un caballito que arrastraba un coche. Muchos tambores. Cornetas. Pitos... ¡Era aquello mi sueño realizado! Cuando vi tantos juguetes en manos de tan pocos niños me quedé extático. Creí que esos niños irían á las casas de los chicos pobres para compartir con ellos sus juguetes. No ocurrió así... Esperé en vano. Y una idea trágica me llenó la cabeza de sangrientas cabecitas de mosca... ¿Por qué los niños ricos tenían juguetes y yo no los tenía? ¿Por qué?

—Así debió haber nacido la primera idea filosófica en el cerebro humano.

—Yo espiaba á mis vecinos para verlos jugar. Aunque sufría mirándolos, una fuerza terrible me empujaba hacia ellos: ¡la destrucción! Hubo un día de lluvia en que no los vi en el patio jugando como siempre. Por curiosidad me introduce en el zaguán y espí por la cerradura de la sala; la madre y los hijitos parecían nadar entre juguetes... Aquel espectáculo me hizo llorar de rabia... De un brinco

me metí en la habitación de esos chicos felices. Ciego, loco, sin saber lo que hacía, arrebaté á uno de los niños su caballo y salí á la calle corriendo. Siempre ciego. Siempre loco... «¡Un ladrón! ¡Un ladrón! ¡Agarren al ladrón!», gritaban detrás de mí. Después dos guardias de policía me tomaron preso. Estuve en la cárcel. ¡Dos años de prisión! Con un pedazo de vidrio y un trozo de tabla hice en mi celda un caballito. Con estopa le fabriqué la crin y con carbón le pinté los ojos. Cuando lo concluí, después de haberme cortado muchas veces los dedos, empecé á jugar con él. ¡Qué lindo era! Yo lo había hecho. Era mío. ¡No era robado!... Sin embargo, el carcelero me vió jugar. Se puso furioso. Me pegó. Y lo más horrible y bello fué que me quitó el caballo para llevárselo á su hijito, porque era Navidad...

* *

—¿Y después?

—Después salí de la cárcel. Ya no tenía casa. Ni amigos. Nada... Con la chaqueta al hombro recorrí las calles de mi pueblo... Sabiendo que había estado preso, nadie quiso darme trabajo. Por eso me he venido á las orillas de este filantrópico río Sena. Aquí pesco. Los peces me alimentan... Pero todos los días voy á visitar los escaparates de las jugueterías de París. ¿No sabe usted que las jugueterías son la mejor escuela de los futuros anarquistas? Lo he aprendido en mí mismo...

* *

El niño no dijo nada más. Con su sombrero viejo, la camisa afuera, roto, descalzo, ingenuo,

sucio, solemne, simbólico y divino, se alejó por la margen derecha del Sena... Antes de irse me miró con una alegría en que flotaban muchos caballitos de palo... Pero vi también en el fondo de sus pupilas infantiles muchas cabecitas de mosca que estallaban las unas contra las otras. Al reventar dejaban rojas manchas de sangre...

* *

Y pasé por un caminito. Pasé por otro... etc.
¡Pum! ¡crac! No os asustéis. Es un ruido de llaves. Son las llaves de Dios que abren la puerta al Diablo...

París, Diciembre de 1909.

Carolus Durán

Pintor de reyes

Estamos en el siglo XX.

En pleno corazón, Roma conserva todavía un pedazo de Francia. O mejor dicho, Francia, en pleno corazón de Roma, conserva un trozo de su antiguo dominio. Hablo de la Villa Médicis, construida en 1544 por las manos célebres de un tal Anibal Lippi. Manos sacrilegas que tenían algo de Dios, pues se inspiraron en el deseo de un cardenal terrible, Ricci de Montepulciano, quien con ensueños de artista y crueldades de gato ordenó su erección. Alejandro de Médicis, ó sea León XI, fué después propietario de esa joya de artificios. Allí, en 1630, el pobre hermano de Cristóbal Colón, el otro loco sabio de la historia, alumno de Jesús y poblador de estrellas, Galileo Galilei, fué encarcelado por predicar las creencias de Copérnico. La Inquisición le procesó. Sus doctrinas declaráronse absurdas. Lo tuvieron preso en Villa Médicis. Allí lo martizaron. En el mismo lugar de su martirio hay una columna. Tal columna es un símbolo. Parece un brazo que se levanta al cielo en señal de protesta... Otros crímenes hermosos como ese cometieron allí. La embajada toscana ocupó los

salones de la Villa. Finalmente, en 1803 se instaló la Academia de Francia, que en 1666 fundara Luis XIV... El sitio que ocupa la institución es terreno francés. Quien nace entre sus muros no es romano, es francés. Además allí se habla en francés. Y en fin, el alma de Francia se ve por todas partes, desde el *esprit* del director hasta el chaleco del portero...

Francia sostiene con orgullo esa Academia. Su fama es mundial. En Italia, país de las canciones, de los maestros, del patriotismo y del arte, la Academia de Francia es, á pesar de todo, una fragua de honor. Salen de allí á menudo cerebros de maravilla. Escultores. Pintores. Músicos. Hay hombres. Hay á veces mujeres y niños.

Su director actual, costeado por el gobierno de Francia, es millonario. Su nombre suena como una bella caja de libras esterlinas. Además, me olvidaba deciros, es artista. No, sin duda, á la manera del infeliz De Groux. Es un artista cuerdo, fácil de encontrar en Francia. Fácil de encontrar, aunque no con el talento de Carolus Durán. Se llama así... Para juzgar el arte de este pintor ya viejo, os bastará saber que hace retratos. Cobra por cada uro cien mil francos. De ahí que sea sólo retratista de reyes y de millonarios. Pierpon Morgan ha posado en su estudio. También el muy zapatero sha de Persia quiso que Carolus Durán lo retratara. Al irse le dejó al pintor sobre una mesa un cheque fabuloso. A su taller los monarcas van como á cumplir deberes que exige el protocolo. Los ricos, los que no tienen más corona real que sus dineros, van para legitimar su sangre azul...

Sin devoción y sin respeto, con chispas de mal-humor y con un poco de francesa ironía, aprendida en el circo de Podestá y Scotti, fui yo tam-

bién á visitar al pintor contemporáneo más célebre del mundo. Carolus Durán, que en sus tiempos juveniles amó los astros y despreció las cosas del pasado, me acogió con la dulce tristeza y la bondad muy dulce de un abuelo que recibe á su nieto. Sobre su gran testa soñadora, el cabello largo y abundante parece espuma y nieve que blanquean. Blanquean mucho más bajo el chambergo gris que presta al rostro un reflejo de bohemio de frac. He dicho que Durán es muy viejo. ¡Oh! Cumplirá dentro de poco ochenta años. Pero conserva en el alma viva su juventud rosada. Es un hermano de Catulle Mendés.

—¿Qué edad tiene usted, maestro?—le pregunté.

—Voy á cumplir veinte años... por cuarta vez—respondióme.

Y en verdad que es así. Más de veinte años no representa este anciano tan galante y ameno, que todavía suele comer ostras y cantar versos en la ventana de alguna bella Inés... A su lado, paseando como un alumno que supiera examinar de cerca almas geniales, he sentido reverdecer mis primaveras.

—Ved aquí—he gritado en el fondo de mi soledad á mis ambiciones—. Ved aquí un hombre que habla de sus triunfos metálicos con amargo desprecio. Se ve en sus ojos que no obstante ser un triunfador, ha fracasado. Aprende tú, cobarde. Se puede nacer con un temperamento artístico de Cellini refinado ó de Greco sin lógica y caer en brazos de la vulgaridad que, contra la corriente, lo lleva hacia sus lauros. Y de un artista sale un almacenero.

Lo que pensé secretamente de Carolus Durán es justo que lo justifique con hechos. Cuando el artista, con premeditación y sin alevosía, llevóme

á su taller para mostrarme algunos de sus cuadros, pude ver la verdad. Su descripción pasaba en rápido vuelo por encima de todas aquellas telas de hombres pintados sobremedida. En cambio su alma de artista iba despacio, y se la veía resofiar un ensueño juvenil, frente á cuadritos que él se ha hecho á sí mismo, y que no vende á ningún precio. Ante esos cuadros su espíritu se inflama. Su alma se engríe. Se alza como una montaña. Y todo su organismo, ya cansado, tiene crujimientos de volcán.

«Esta es mi madre—dícame frente á un cuadro pequeño, en donde una viejecita muy parecida á él sonríe con la melancolía que hay en el rostro de las niñas muertas—. Esta es mi madre. Pocos días antes de morir le hice el retrato. Cuando la miro, me parece que hasta mueve los labios.»

También es cierto. Podrá pensar Rubén Darío—enfermo por las modas de Francia—que hacer un retrato parecido al sujeto es misión de fotógrafo y nunca sacerdocio de artista. Convengo que el mejor retrato que existe de Verlaine es aquel con neblina que Carrere supo pintar genialmente, y en el cual lo que menos se encuentra es verdad fisiológica. Sí. Bueno. Pero hay que convenir que Carolus Durán ha hecho cuadros en donde el alma de los retratados palpita y habla. No diré que tengan vida real, pues esa es la tarea del cinematógrafo, pero se ve en ellos algo que ignoro cómo se llama, pero que para hacerlo es necesario hacerlo con un poco de genio... Tenéis ahí, por ejemplo, ese desnudo de Durán que todos conocen y que los artistas nuevos admiran como una perfección. Quien ha hecho ese cuadro—que no es un retrato—tiene en el cráneo algo más que fósforo, y en el alma algo más que un Banco de Inglaterra. Es que las gentes se acostumbran á ver que un hombre hace

una cosa, y ya creen que nunca podrá hacer otra cosa distinta. Si un escritor comienza haciendo críticas, nunca para ellas podrá ser novelista. Si es novelista, nunca podrá hacer dramas. Si es escultor, jamás podrá hacer cuadros. Si es retratista, nunca podrá hacer otros cuadros que retratos mediocres... Pero basta... No quiero discutir conmigo mismo. Me callaré. ¿Queréis oír á Durán? Es mejor. Ahí está. Hablará de otra cosa. Escuchadlo. No es filósofo. No es posible ser rico y ser filósofo. Pero ahí está. Escuchadlo. Habla de la Academia:

—En esta casa viven los pensionados como en la misma Francia. Es como si hubieran traído un trozo del Barrio Latino al corazón católico de Roma. Poseen sus habitaciones. Tienen un gran comedor, en cuyas paredes se exhiben los retratos de más de cien celebridades francesas que han vivido en la Villa. Venga usted á verlos... Allí está Pascal. Y Claudio Bernard. Y Massenet. Y Pasteur. Y Rodín... Aquí los estudiantes, ya sean de escultura, pintura, ó música, viven siempre unidos y bajo el mismo techo. Son libres. Pueden hacer lo que quieran fuera de clase. Viviendo así, la vida les resulta más cómoda, más alegre, más propia. Sin soledades y sin nostalgias. Sin desconsuelos. Además, no están sujetos á las angustias del hambre, ni están obligados á la peregrinación del *bric-à-brac*, pues en la Academia todo es gratis. El gobierno lo paga. Y no crea usted que paga mucho. Si tuviera que darles una pensión á cada uno, como hacen en las repúblicas de ustedes, le costaría más caro. Por otra parte, los profesores están rentados por el gobierno. Los países de Sud-América, en vez de gastar tanto dinero en pensiones, debieran imitar á la Francia y fundar en Roma—sede del arte—una Academia en donde los pen-

sionados pudieran vivir cómodamente. Conozco á algunos estudiantes argentinos y uruguayos que han venido á aprender diseño en nuestras aulas. Con la pensión que el gobierno les pasa se están muriendo líricamente de hambre. Es claro. Con cuatrocientos ó quinientos francos no pueden pagarse el plato de menestra en la fonda. Ni siquiera las sábanas sucias del albergó. Ni tampoco las malas lecciones del maestro-albañil que muchas veces les sirve de único maestro... España, lo mismo que Francia y que Inglaterra, sostiene en Roma buenas academias. La de España es dirigida por el pintor Benlliure, hermano del escultor...

—Y á propósito de España, maestro; he observado que el apellido de usted es de origen español...

—Es verdad. Mis antepasados, tal vez mis bisabuelos, eran de Navarra. Por eso será por lo que á mí me gusta mucho España. Yo estuve allá cuando era muchacho. Estudiaba á Murillo. ¡Ufff! Hace ya muchos años, pero muchos años!... Entonces yo era joven y no hacía retratos de reyes...

—¿Conocerá usted algunos pintores contemporáneos de España? ¿Qué le parece Sorolla?...

—¿Sorolla? ¿Qué quiere usted que le diga?... Es un mecánico. Ve siempre con los mismos ojos las cosas iguales. Para Sorolla el sol tiene todos los días igual luz. Es un pintor de mucho talento, pero muy amanerado. Ha hecho de su arte un oficio maquina.

—¿Y Moreno Carbonero?

—Ese sí. Sus Quijotes son admirables. Zuloaga es también un pintor excelente...

—¿Conoce algún pintor americano?

(Durán me miró, sonriendo. En seguida llevóme á ver una primicia. Su autorretrato.)

—Esta será mi mejor obra—dijo.

En realidad, sí, será. Al fin de su existencia, Carolus Durán ha sentido el deseo furioso y vengativo de volcar en la tela toda su desesperación de artista. Mirándose á un espejo, ha hecho su retrato. Aun no está concluido. Pero se ve, se adivina, se presiente la delicada majestad de la obra. No es que el parecido de Durán sea notable. Es que el espíritu del artista se ha infiltrado en la tela. Su alma se ha derretido de tal manera mágica en aquella sombra negra haciendo destacar la blancura del rostro y del cabello, que todo el conjunto parece vivir una vida de carne marmórea. Diríase que el pintor de reyes y de millonarios, cansado de ser fotógrafo, ha querido romper las cadenas de su fama de retratista célebre para borrar en un solo cuadro—el último y el suyo—todos sus pecados de hombre de la tierra. Quiere probar, sin duda, sus derechos á ocupar un sitio en la gloria artística de Francia. Y por eso, como en un suicidio arroja su cabeza á la calle para saciar el hambre de los perros que ladran...

Roma, Enero 1909.

La Unión Literaria

Su fundadora Zoila Cáceres de Gómez Carrillo

Recordaréis, sin duda, lo que Blasco Ibáñez repitió en una de sus rapsodias argentinas: «No hay odio más terrible que el odio literario...»

Es verdad. Los hombres podrán perdonarse todas las injurias. Olvidarán las bofetadas. Harán de su alma un trapo humilde, presto siempre á las manchas y á las lavanderas. Venderán su conciencia. Todos los odios—desde el odio ingenuo, hasta el odio sutil y matemático—morirán en ellos de vejez... Pero el único odio que en los hombres no fallece jamás es el «odio literario»... Es preciso sentir personalmente ese grau odio, para comprender la belleza que encierra. Es un odio terrible. Espantoso... Pero es, como digo, un odio bello. Bello porque es consolador. Y por eso mismo, arráigase de tal manera en el alma de los hombres, que ninguna dinamita es capaz de extirparlo. El odio literario crece como flor natural entre los escritores.

—Cuando estoy en un grupo de literatos—decíame el célebre poeta Pascarella—, trato de ser el último en retirarme de la reunión. De ese modo

evito que mis amigos y colegas hablen demasiado mal de mí.

Y pensad que Pascarella es completamente sor-do. Se puede hablar de él en su propia presencia. Sin embargo, fácil sería agregar á lo dicho por Pascarella, lo siguiente:

—...Además, quedándome el último, puedo des-ahogar con amplitud mis odios literarios...

Me preguntaréis:

—Y siendo este odio general entre los escritores, ¿cómo pueden sostenerse los numerosos centros literarios que existen en el mundo?

—Precisamente por eso. Se sostienen para des-ahogar el odio de los socios presentes contra sus colegas ausentes... Pero esto es humano. Es natural. Y lo antinatural es criticarlo... No obstante, he aquí una cosa curiosa. Acaban de publicarse en los diarios europeos los estatutos de una «sociedad para la unión y defensa de los escritores de España, Francia y América latina», con fines que no están inspirados en la necesidad de abrir válvulas al odio. Lo más raro es que una mujer americana, de belleza, de talento, de gracia y de letras, es la fundadora de tan necesaria institución. Es la señora Aurora Cáceres, hija del ilustre general del mismo apellido que fué presidente de la República del Perú, y casada con el escritor Enrique Gómez Carrillo.

Merced á la gentileza de mi querido compañero y poeta y diplomático Paúl Minelli González, he tenido ocasión de conversar en Roma con la distinguida dama. En sus salones aristocráticos, todas las paradojas son músicas de Pan. Los escritores viven en aquel ambiente dulces horas de Olimpo.

He pedido informes á la fundadora de la Unión Literaria con objeto de transmitirlos á la América.

En síntesis trátase de lo siguiente: «Dicha sociedad tiene por objeto poner en relación á los escritores y artistas de América, Francia y España, para de esta manera dar á conocer en España y en Francia la producción literaria de las repúblicas sudamericanas. Además tratará de hacer respetar la propiedad literaria, buscando que los escritores de América puedan cobrar, como se hace en Europa, los derechos de reproducción. Hará traducir libros españoles y americanos al francés, al inglés y al italiano. De este modo facilitará en Europa el conocimiento de que en América existen indios que se han arrancado las plumas del taparrabos para escribir con belleza, con amor, con arte...» Organizará exposiciones industriales y artísticas. Sus socios darán conferencias en Europa sobre las repúblicas de América. La sociedad costeará los gastos de estos conferencistas; así no serán solamente los europeos quienes instruyan con sus conferencias. También los americanos instruirán á los europeos. Imprimirá por su cuenta libros en español. Cada socio estará obligado á no escribir gratuitamente en diarios ó revistas. Quiere evitarse el natural perjuicio que sufren los escritores de profesión con la competencia de los literatos por sport y de los que escriben para gozar los privilegios porteriles del oficio... Cuenta la señora de Cáceres con el apoyo de literatos europeos famosos. Entre los primeros socios leo los siguientes nombres: José Echegaray, Unamuno, Juliette Adam, Pardo Bazán, Paúl Adam, Salvador Rueda, Pierre Louys, Barrés, etcétera, etc.

Una de sus colaboradoras es una dama muy argentina, musa de las letras y bíblica pastora de estrellas: la señora Guillermina Oliveira César de Wilde. Una dama chilena, muy armoniosa, tam-

bién la ayuda. Es la señora de Elguin... Y otras muchas. Muchas.

*
* * *

¿Triunfará esta cordial iniciativa femenina? Creamos que sí. Y aunque sea poca nuestra fe en la sinceridad de un abrazo entre dos hombres de profesión idéntica, tengamos la dulce desvergüenza de creer que ese proyecto magno es realizable. Yo creo que es realizable porque está de por medio una mujer... Y ante una mujer todos los hombres somos iguales. Iguales en la discordia y en la concordia. Pero somos iguales. Quevedo nos midió...

Roma, Julio 1909.

Con Paúl Adam

¡Morir á tiempo!... ¡Qué hermoso debe ser morir á tiempo!
¡Qué felicidad caer en la batalla antes de la derrota!

Mascagni, siempre genial, á pesar de su gran talento, es razonable. Morir á tiempo es la más bella victoria á que puedan aspirar los artistas. Petronio sabia eso. Y Judas.

—¡Morir á tiempo!

Paúl Adam no ha muerto todavía. Sin embargo, el 7 de Diciembre próximo su vida contará cuarenta y seis años de marcha. No es mucho. No es poco. Es algo... Pero si no es ni poco ni mucho para un hombre cualquiera, es tal vez demasiado para un pensador que escribe un artículo diario y dos novelas anuales. Paúl Adam me sugiere esta idea... La vida del famoso crítico francés puede servir de ejemplo. No es la cantidad de palabras aglomeradas lo que eleva en méritos á un escritor. Es la calidad de sus ideas quien lo encumbra... A la edad en que Renán era autor de cinco obras, Flaubert de dos y Voltaire de siete, Paúl Adam se nos presenta con cuarenta y ocho libros, quince dramas, cinco mil artículos y no menos de mil cuentos... Un alado cronista muy parisién ha tenido el mal gusto de suministrarlos en *Le Figaro*